

simo. Ningún respeto humano guardaba. Las cartas menudeaban. Le daba citas en su misma alcoba estando en Londres su marido. Cuanto mayor era el peligro, mayores las quejas, mayores las furibundas reconvenciones de la infeliz enferma. En una de estas escenas, en el momento en que gritaban más fuertemente, llama el marido á la puerta del cuarto de la criminal adúltera. ¡Situación horrible, suprema! Byron no sabe á cuál expediente recurrir para salvarse. Entonces, con aquella extravagancia propia de su carácter, finge ser un ladrón, saca un puñal que agita en su mano convulsa, toma un aderezo que se ostenta deslumbrador en la izquierda, y sale, con grave peligro de ir á dar en manos de un policeman y de pasar ante todo el mundo por miembro de las partidas de criminales británicos. Pero en el desorden de esta tragi comedia deja su querida dándose golpes contra los muebles, presa de un ataque nervioso, y para que nada falte á la escena, cáesele del bolsillo una carta en cuyo sobre estaban escritos su nombre y sus señas. Esto no podía continuar así. Hubiera corrido Byron gravísimos peligros por una mujer amada, pero no por una mujer que le era indiferente. Cuando se disgustó de la pasión, se refugió en la moral. Escribíale cartas bruscas, recordando muchas veces brutalmente á Carolina sus deberes de esposa y de madre. Pintábale todos los peligros que ambos corrían por sus imprudencias, y la necesidad de acabar prontamente con aquella situación angustiosa. Carolina, en cambio, se imaginaba señora del corazón de Byron y defendía su propiedad con violencia. Celábale á todas horas, seguiale á todas partes. No hay para qué referir ni ponderar las infidelidades de Byron. Cierta noche recibe desalmado en su casa una señora; y apenas había entrado, cuando aparece á la puerta un postillón que rápidamente se metamorfosea en una mujer. Era Carolina. Byron mismo califica este suceso de *Escena del Faublas*. No tenía remedio. Igual empeño en ambos: en él por romper aquella pasión y en ella por conservarla. No había respeto social que Carolina no atropellase para ganar el amor, la compasión, al menos, del hombre fatal, á quien había entregado su alma. Sácanla cierta noche á bailar en uno de los más brillantes saraos de Londres. Y tímida, ruborosa, dirígese al poeta para pedirle permiso. Sin duda recordaba los lamentos de Byron, cuando se quejaba en sus primeros versos de que sus profanos brazos entrelazaban en rápido vals la cintura de su María. Pero Byron responde bruscamente que era inútil pedir permiso á quien no tenía ni derecho ni voluntad de ejercer sobre ella ningún dominio. Entonces Carolina se exalta, grita, se retuerce de dolor en presencia de todo el mundo, ni más ni menos que si estuvieran solos. La malignidad general se reía del glorioso poeta perseguido por aquella loca pasión. Miles de aventureros se acercaban á la pobre desdeñada, deshonrada, ofreciéndole su amor y una venganza. Carolina dijo á uno de ellos que no le amaba; pero que ofrecía entregarse á él, si provocaba en duelo á Lord Byron y lo mataba. En todo esto veía Byron la exaltación de una fantasía desordenada; pero en realidad era la exaltación de un corazón enamorado. Esas locuras eran pruebas de amor,

pruebas de celos, pruebas de que su pasión rayaba en delirio. Un día no pudo sufrir más, y decidió volver á casa del poeta, echarse á sus pies, bañarle de lágrimas las manos, pedirle su amor ó pedirle la muerte, menos temible viniendo de sus manos que aquel prolongado martirio. Entró en la habitación, en aquella habitación, á la cual se hubiera reducido por toda una eternidad con tal de tener á su lado al ingrato. No había nadie. Carolina se gozó en recorrer todo el salón, y en registrar todos los muebles con esa tenacidad con que los seres apasionados se unen á cuantos objetos alimentan su pasión. Reclinóse en los almohadones donde Byron se reclinaba. Sentóse en la silla donde se sentaba Byron. De pronto vió sobre la mesa el libro favorito de su amante. Enternecida por los recuerdos, embriagada por el aroma que se desprendía de aquellas páginas queridas, cogió un lápiz, lo besó, lo humedeció en aquel beso, y luego trazó, dejando caer allí mismo algunas lágrimas, esta súplica de aquel corazón destrozado: *Remember me*; acuérdate de mí. Byron, que estaba decidido á no conmoverse, vió en el ruego una amenaza. Cogió febrilmente su pluma y trazó estas palabras que le envió bajo un sobre: «¡Acordarme de ti! ¡Acordarme de ti! Hasta que el Leteo no se haya sorbido el ardoroso torrente de tu vida, el remordimiento y la vergüenza resonarán en tus oídos, y te perseguirán como un delirio en la fiebre. ¡Acordarme de ti! Sí, no lo dudes; me acordaré. Y también se acordará tu marido. Ni uno ni otro te olvidaremos. Para él fuiste una adúltera, y para mí fuiste un demonio.» Esto fué horrible, cruel. Carolina sintió la herida y quiso vengarse. El amor se convirtió en odio. No pudo esgrimir un puñal y esgrimió una pluma. Llenó de veneno su tintero, y lo volcó sobre el nombre de Byron. Reveló al Universo su propia vergüenza. Enseñó á la sociedad su seno adúltero, como Agripina su vientre desnudo cuando fueron á matarla despiadadamente los esbirros de su hijo. En seguida la sociedad entera huyó de su lado por no envenenarse con aquella peste moral que despedía su alma. *Glenarvon* se llamaba el libro de su venganza, y en él describía á Byron como el genio del mal, con la seducción y con la perversidad de la serpiente que perdió la primera mujer. Olvidaba que en aquel caso Byron no había sido seductor, sino seducido. Fué adúltera Carolina, pero pagó caro su adulterio. Envejecida en la juventud; desgraciada en el seno de su hogar espléndido; maldecida de la sociedad donde tanto había brillado; enterrada viva con un marido que era su juez y unos hijos que eran su castigo; miserable en su riqueza estéril; infamada por sus propias obras literarias; con cuyo favor se divulgaba más y más su vergüenza; llorosa, siempre delirante, pero sin alcanzar la compasión; por vida la fiebre, por consuelo el recuerdo de una felicidad pasada, que era su tormento presente, por todo porvenir el desprecio del mundo y el torcedor de la conciencia, por toda esperanza el triste olvido y la muerte; una enfermedad moral, seguida de una enfermedad física, la postraron pronto en la perdurable languidez de un abatimiento que debía prolongarse hasta el sepulcro.

Un día, el poeta eximio, á quien aquella mujer había descrito como un malvado, murió en Grecia como un héroe. Su última voluntad fué que depositaran sus cenizas en la patria ingrata que no había querido honrarse con su genio. Carolina salió casualmente á tomar un rayo de sol á la verja de su castillo. Aquel rayo del sol buscaba al través de las nieblas el ataúd del genio amante de la luz. En efecto, en aquel mismo instante pasaban por el camino, por la puerta, delante de la verja donde Catalina estaba; pasaban hacia la tierra eterna, hacia el descanso eterno, los huesos de Byron, aquellos huesos que cuando irradiaban la vida, abrasaron en deseos impuros el seno de la solitaria castellana. Un féretro los encerraba, un paño fúnebre los encubría; un perro acompañaba el féretro, dando lastimeros aullidos. Carolina lanzó un grito desgarrador y cayó al suelo. Su familia la alzó para llevarla á la cama. No volvió á levantarse. De aquella cama pasó á la tumba. Fatales fueron para Byron su genio y hermosura. Donde otros hombres hubieran hallado un manantial de goces, encontraba él un manantial de dolores. Con razón se comparaba Byron á su abuelo, el cual, siendo un marino extraordinario, no se embarcó jamás sin ver desencadenarse las tormentas. Así el alma del poeta no entraba en corazón alguno sino para destrozarse y destrozarlo. Toda la miel que atesoraba en su fantasía, trocábase pronto en acibar el contacto de la realidad. Había no sé qué amargura en las pasiones de aquel hombre, había no sé qué fatalidad en su vida. Sus besos quemaban. Asemejábase á uno de esos héroes griegos, jóvenes, bellos, tan hábiles en esgrimir la espada como en pulsar la lira; amados de una hermosísima mujer; vencedores en las batallas como en los juegos; y, sin embargo, condenados desde la cuna por el destino á las furias infernales. Contra esta fatalidad trágica de su existencia no había más que un remedio: renunciar á la vida aventurera; entrar en las condiciones de la vida ordinaria; fabricarse un hogar fuera del alcance de las tempestades; unirse á una mujer, amada, sí, pero tranquilamente amada, con esa pasión serena é igual, bajo cuyas alas tan sólo puede ser feliz el matrimonio. La idea, sin duda, más salvadora de Byron fué la idea de su casamiento. Debíó llegar á ella por un estudio de su propia vida y por un consejo imperioso de su conciencia. Por fin halló la mujer á quien debía entregar su destino. Hija única de poderosa familia, educada puritanamente, sábia en metafísica y en matemáticas, fría de carácter, orgullosa de su nombre aristocrático y de sus soberbias virtudes, engarzada en las costumbres inglesas y en las leyes sociales de su tiempo como en su centro de gravedad, capaz de elevar la etiqueta social á un dogma tan imperioso é indiscible como el Koran, era por lo mismo incapaz de comprender á Byron, ni de serenarlo acariciándolo, para lo cual necesitaba perder lo que ella no quiso perder ni un día, su implacable serenidad, y entrar donde no quiso entrar ni un momento, en los torbellinos del genio. Miss Millbank era su nombre. Esta joven, había osado protestar contra el amor tempestuoso y turbio que inspiró el *Childe-Harold*, en versos que corrieron de mano en mano y provocaron la fatal

curiosidad de Byron. Una alondra osaba desafiar desde su nido humilde al águila caudal, cuando tenía las nubes como telas de araña entre sus garras, los rayos como secas pajas bajo sus alas, el espacio infinito como una cresta sobre su cabeza, y el sol en su retina. El poeta quiso conocer esta siniestra corneja que desconcertaba en el coro infinito de sus admiradores. Supo que debía ir á una de las reuniones de Lardy Strafford, y fué él también á la reunión. En la entrada tropezó y estuvo á punto de caer. Un romano se hubiera vuelto á su casa. Estaba la joven muy sencillamente vestida, sentada en un sofá, respirando candor virginal y encantadora modestia. Sus facciones eran delicadas, aunque irregulares; su talle flexible; sus maneras sencillas, todo en ella contrastaba con los artificios de la sociedad inglesa. Byron tenía la cualidad por excelencia del genio; la franqueza. Miss Millbank, la cualidad por excelencia de los débiles; la astucia. El poeta llegó pronto á una declaración. Su amada á una de esas negativas que agujonean el deseo porque no le quitan la esperanza. Esta negativa debía dar al efecto de él apariencia de pasión, y á la refinada coquetería de ella segura victoria. Un año pasó así, en la vacilación y la duda, entre indomables aspiraciones del carácter que le arrebatában hacia las batallas del mundo, y severos consejos de la conciencia que le llamaban á la tranquilidad del hogar. Es imposible decir cómo este sátiro sublime deseaba todas las sensaciones: sorberse la vida de un trago; enroscarse como una serpiente gigantesca al árbol del Universo, desde las raíces hasta la copa, agotar el espíritu y la idea; pasar de un salto á la grada última de la infinita escala de los séres; perderse en la eternidad, como echándose á nadar en su insondable océano. Y, sin embargo, luego se encoge, se inclina, baja á la realidad, comienza á llorar como un niño, se contenta con tener por amigo un perro, por felicidad el pequeñito corazón de una mujer vulgar, y con todas sus ideas, con su conciencia, con su corazón, con sus aspiraciones, juega á la pelota. Pero no se puede golpear así el corazón y el cerebro sin maltratarlos, sin herirlos, sin mancharos y marcharlo todo con vuestra propia sangre. A Byron se le pueden aplicar muy justamente estas frases de Emerson: «La historia de Thor, que estaba condenado á beber en el cuerno de Asgard, y á luchar con una vieja, y á correr con el andador Lork, y le resultó que se había bebido el mar, había luchado con el tiempo y había corrido con el pensamiento; esa historia representan aquellos de nosotros que se ven forzados á medirse, en medio de futilidades aparentes, con las supremas energías de la Naturaleza.»

Por fin decidió Byron casarse. Su elección recayó sobre la joven puritana que la sociedad aristocrática y monárquica de Londres contaba entre sus ídolos. La sencilla y modesta criatura, que vió sentada en casa de Lady Strafford, iba á ser su esposa. Aunque heredera de una colosal fortuna, en aquel momento no tenía riquezas; primera tentación para Byron. Por lo mismo que pertenecía á la sociedad aristocrática y protestante ofendida de su jacobinismo, deseaba Lord Byron convertirla. Por lo mismo que tenía un carácter imperio-

so, deseaba Lord Byron dominarla. Por lo mismo que había escrito una especie de Anti-Byron, deseaba demostrar que era la joven Tory, como Federico de Prusia, el cual escribía un Anti Maquiavelo y practicaba el maquiavelismo. Error, error. En vez de entrar en el matrimonio por la puerta de la realidad, entraba, como en todas partes, por la puerta de sus ensueños; muy expuesto, pues, á tropezar y á caer sin remedio en un abismo sin fondo. Por fin, al concluir el tercer lustro de nuestro siglo, escribió una carta pidiendo definitivamente la mano de Miss Millbank. Cuando acababa de escribirla, entró uno de sus amigos, opuesto á semejante enlace, leyó la carta, y le pareció tan bella, que no quiso ver perdida y sin objeto aquella obra de arte. La carta fué remitida debidamente á su destino. Cinco días pasó en una mortal ansiedad. Tras estos veinte días, la musa del antibyronismo prometió su mano á Byron. Dos cartas le fueron remitidas, una á su castillo y otra á Londres. El poeta deliraba de entusiasmo. Creíala ya madre de futuros Gracos. Dábale en su alma todas las perfecciones. Enorgulleciase de pasar sobre seis pretendientes desairados. Y en su entusiasmo, sólo sentía no ser mejor para justificar tanta felicidad. Prodigiosos cambios los de su alma. En la infancia, parecía un sér gastado é inútil para el sentimiento, y en la madurez de la vida, parecía un adolescente que por primera vez sueña con las delicias del amor. Pagó ciento cincuenta libras que había apostado á que no se casaría nunca. Discutió muy gravemente si debía llevar frac negro ó frac azul á su boda. Y escogió por día nupcial el día 2 de Enero de mil ochocientos quince. Por aquellos días se encontró en su jardín uno de los hortelanos, cavando, el anillo nupcial que enlazó á sus padres en aquel tan desgraciado matrimonio de que Byron había nacido. El poeta lo llevó para anudar su matrimonio, más desgraciado aún. Levantóse el día de la boda con un malestar infinito. Para distraerse un tanto, buscó, como siempre, un refugio en la madre Naturaleza, y dió largo paseo por uno de esos bosques de Inglaterra, desnudos de hojas, fríos y tristes como la muerte. La mañana era desapacible. Las nieblas caían sobre la tierra y sobre su alma. Acaso en aquel momento debió pensar que pertenecía, como Platón, como Newton, como Miguel Angel, como Calderón, á la raza de los grandes solitarios, de los grandes célibes, de aquellos que sólo se han desposado con su ideal; y que de este matrimonio del espíritu han tenido sus hijos, es decir, sus obras; fecunda prole, generadora de generaciones de almas en toda la dilatación de los tiempos. Acaso nadie como él podía comprender y sentir toda esta potencia del espíritu, después del dejo amargo que habían dejado en los labios sus amores de un día, sus pasiones rápidas como relámpagos. El amor de Byron era un acaloramiento del cerebro. Cuántas veces había encontrado el verdadero encanto, la verdadera belleza en esas naciones que, como un coro de sirenas, se bañan blandamente en las aguas del Mediterráneo; y el verdadero amor en esos horizontes inacabables del Mediciá, donde la luz juega produciendo cambiantes que parecen reflejos, nubes, resplandores de ilusiones. Cuántas veces se creyó feliz en esas noches en que brillan, igual-

mente que las estrellas de los cielos entre las sombras, los ojos de las mujeres entre las negras pestañas. Una voz sobrenatural debió en aquel momento recordarle que iba á estrellarse contra las realidades del mundo y á convertir el nuevo hogar tan deseado en la mortaja de su corazón. Un sentimiento debió recordarle, punzándole en el alma, los felices días en que miraba desde la colina ceñida de árboles gigantes el cielo que se reflejaba en los ojos de su María, más tarde mujer de otro y siempre la esposa de su alma. Acaso este recuerdo le hubiera enseñado que no se recobra la felicidad cuando una vez se ha perdido, y que no se repite dos veces el amor verdadero en la vida. Tal vez debieron venir en tropel á su mente las sombras de otras mujeres para decirle que acaso una sola pudiera vengar los agravios de todas. Pero, en fin, á la hora prolija corrió á la capilla y juró ante Dios su enlace. Cuando dijo el eterno sí, rodó su cabeza, faltóle casi la tierra bajo las plantas. Pero ahogó aquella emoción pasajera en apariencias de impassibilidad estoica. La que verdaderamente estaba impassible era su mujer. Sólo se oía en aquella ceremonia hablar una emoción profunda en los sollozos de la suegra de Byron. Cuando llegó la hora de separarse de la familia, Byron estaba tan distraído, que llamó á su esposa, contra todo el ceremonial de las costumbres inglesas, por su nombre de soltera. Dentro de la misma alcoba nupcial encontróse ya aquella especie de dueña regañona, sombra de la suegra prolongada hasta el pie de su lecho, y que tanto debía contribuir á la acerba amargura de su matrimonio. Después de un mes, Byron se convence de que no ama á su esposa, pero de que la estima. Aguarda, sin embargo, que el amor nazca con el nacimiento de un heredero. Trasladados á Londres, comienzan grandes gastos para sostener el doble lujo de los aristocráticos esposos. Estos gastos enredan y embrollan sus presupuestos domésticos, cargados de deudas. Los acreedores, que se habían regocijado al ver el matrimonio de su deu lor con tan rica heredera, se impacientan en cuanto saben que ese matrimonio sólo ha servido para acrecentar sus deudas y no para pagarlas. En la casa de una joven aristocrática, rica, acostumbrada á goces y esplendores, que en el resto de Europa sólo pueden tenerse sobre el trono, entran los escribanos y los alguaciles á embargar hasta el lecho nupcial. Además, la incompatibilidad de caracteres desde el primer momento estalla en aquella unión impremeditada de una y otra parte, á pesar de su larga preparación. Lady Byron tiene poco talento para dominar y mucho para ser dominada. Su vida regular choca abiertamente con la vida irregular de su esposo. Incomódase porque no acude á la hora solemne del té. Se desespera porque no come á la inglesa. Tiene celos de la Biblioteca, celos de los libros. No puede sufrir que vele mientras ella duerme y que duerma mientras ella vela. Los reflejos de sus ojos, cuando la inspiración le posee asústala como si fueran los reflejos de la mirada de un tigre. Las palabras incoherentes que salen de sus labios en las horas en que compone sus poemas, le infunden la idea de que está loco. Las diversas opiniones que ambos tienen en política, sobre el porvenir de las sociedades